

# El método para la insolencia



Felipe Saucedo Ibarra

[felipe.saucedo@edu.uaa.mx](mailto:felipe.saucedo@edu.uaa.mx)

Universidad Autónoma de Aguascalientes, México

## ENSAYO

Recibido: 03 | 06 | 2025 • Aprobado: 01 | 10 | 2025

---

Hace unos meses como profesor de la materia de metodología, usé el artículo de Alfonso Reyes (1960) “La insolencia Jonia”, como una introducción al tema de la ciencia y el método. La intención era que los alumnos reflexionaran sobre los primeros antecedentes de la ciencia como una curiosidad de algunos estudiosos helénicos para cuestionar las creencias que hasta entonces se tenían sobre los fenómenos naturales.

Alfonso Reyes hace un escrito para revalorar a una serie de pensadores que con sus ideas desafiaron el conocimiento dado por hecho (*doxa*) y explicaron las leyes de la naturaleza desde un punto de vista distinto. Habla de un hito en la historia humana: el abandono de la explicación mitológica en favor de la racional. Reyes hace una crítica a los que desprecian el conocimiento que no está en los libros, como el que se da en un taller de algún oficio o en una granja, que proviene de procedimientos modestos y cotidianos.

Comenta que estos conocimientos son semejantes a los que llevaron a Tales de Mileto, Anaximandro o Anaxímenes a lo que Reyes definió como “el milagro griego”, una especie de mutación en el pensamiento humano que inician los milesios haciendo ver que la naturaleza no se explica muy distinto a un procedimiento semejante al del batán, el fuelle o la honda, que, si bien aún no llegó a la ciencia experimental, tampoco se quedó ya en lo especulativo o abstracto. En este punto, la filosofía no solo toma una explicación racional sino “operacional”, y el filósofo se convierte en un hombre que

interviene y no solo observa. Este es el despertar de la insolencia jonia, un cuestionamiento y desafío al error humano, sin llegar a ofender a la ética y religión de sus ciudadanos.

Me pareció una adecuada forma de presentar la idea de lo que un científico persigue cuando conoce su tiempo, su entorno y tiene un respeto de lo que es más grande que él. Retomé el texto para la asignatura de Metodología de la investigación con el afán de presentar una labor metodológica completa, que no solo fuera aprender un método, sus términos y ya, sino para exponer que la ciencia no debe estar separada del conocimiento de lo humano, de su sociedad y su cultura. Reyes hace ver las facultades del científico que parecen necesarias para dar respuesta a sus cuestionamientos, como su curiosidad por los hechos naturales, la sensibilidad humana, el conocimiento de su cultura y el contacto con lo divino a través de sus creencias.

Los alumnos al comentar la lectura en el grupo, dijeron que les parecía de un lenguaje extraño y que no entendían muy bien cuál era la idea de revisar el escrito hasta que llegaron al final del texto: “la insolencia jonia es el arranque del pensamiento científico”, con esta frase se cerraba toda una alabanza al esfuerzo de una de las primeras civilizaciones por comprender e identificar las leyes de la naturaleza. Jonia (que en la antigüedad era una región ubicada en la costa occidental de Anatolia, actual Turquía), vio nacer a los primeros científicos de la época clásica, los cuales son estudiados por Alfonso Reyes para elogiar sus atrevidas explicaciones que desafiaron lo conocido hasta ese momento.

A pesar de que la mayoría de los estudiantes tuvo interés para comprender lo que el autor trataba de transmitir, en el tiempo del escritor (y según parece también en el nuestro), había una falta de reconocimiento para los primeros científicos, sobre todo por dar a conocer cómo surgen los elementos que posteriormente dieron origen a la ciencia, y más importante, cómo surge y qué sentido tiene tener una actitud científica.

Con los comentarios que se iban haciendo en clase, acerca del lenguaje y sentido de este tema, me pregunté si aún es adecuado seguir manejando este tipo de lecturas

con los universitarios actuales. El resultado a este cuestionamiento puede ser obvio, sobre todo porque parece que solo algunos extraen la emoción de saber la razón y el proceso del conocimiento más allá de su mera aplicación. La respuesta a esta interrogante llegó a los pocos días: uno de los alumnos me comenta que buscando un libro en la biblioteca se encontró con una recopilación de escritos de Alfonso Reyes y me preguntó si era el mismo autor que habíamos leído para la clase hace algunos días. Para mí este comentario fue inesperado, y por supuesto me dio gusto por ser algo que no ocurre con frecuencia, menos aún con autores que no están de moda. Le contesté que sí y me dijo que había leído la narración “Silueta del indio Jesús” (Reyes, 1979), y que su contenido lo había hecho pensar por varios días.

Este interés repentino me da curiosidad: ¿qué pudo hacer que el alumno tomara un libro de Alfonso Reyes, recordara el escrito sobre la Insolencia Jonia, e hiciera que se trasladara a la lectura de los títulos de otros relatos y leyera por fin una reflexión sobre un personaje llamado el indio Jesús? Supongo que en algo se deberá a la maestría de Reyes para hacer de lo ordinario algo extraordinario, pero esto no me explicaría a mí como psicólogo el encanto particular experimentado por un joven de veinte años, que encuentra algo interesante en un autor del siglo pasado. Esto me hizo revisar el relato encontrándome con algo que también me hizo pensar sobre el papel de la docencia en la formación del estudiante actual.

Se cuenta que el indio Jesús (a quien suponemos Reyes conoció en un pueblo) se va a la ciudad de México para dejar su vida “holgazana” y es puesto a trabajar como jardinero donde resulta tener grandes habilidades. Con el tiempo Jesús, aprende a leer y parece que esto lo hace contagiarse de las ideologías revolucionarias que surcaban entre algunos ciudadanos de aquel entonces. En el texto, Reyes se refiere a las reservas e inquietudes hacia el régimen político, que hacen que Jesús se interese por las doctrinas de la revolución. Este se afilia al partido, y a partir de ese momento, deja de ver con buenos ojos a la familia que le dio trabajo por ser privilegiados y tener poder (menos a su empleador a quien sigue siendo leal).

Para poder conocer sus derechos, Jesús pide a su benefactor que le regale una Carta Magna (Un ejemplar de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos) y al interesarse por este saber, el jardinero empieza a descuidar sus quehaceres con las plantas y otros productos de la tierra. Pero de forma extraña, el indio vuelve un día al campo que lo vio nacer, para regresar a la capital un mes después. El autor dice que regresó sin vigor, sin interés por las flores o la política, había decidido que se iría a vivir al cerro y vendería pollos, ya no quería luchar por la libertad, ni le interesaba que la revolución cumpliera los derechos de la constitución. Supuso Reyes que era uno de tantos que llegaban a la ciudad y que “no alcanzan a anonadarse, a aturdirse, a buscar un éxtasis de exotismo y pasmo”. No entiende el escritor por qué Jesús de estar a punto de convertirse en un ser consciente y político opta por vender pollos y ver pasar la vida sin entenderla.

Mi alumno se preguntó ¿por qué el indio Jesús termina vendiendo pollos siendo que ya demandaba el saber y el regalo de una Carta Magna para conocer sus derechos? En palabras de Alfonso Reyes, se había derrumbado en la escala antropológica. La pregunta del alumno y este final me hacen preguntarme ¿qué experimentó Jesús y qué experimentan los estudiantes en un escenario distinto como es la educación actual, cuando se presenta el desinterés por el saber, como puede ser el ofrecido en una clase de metodología?, ¿por qué algunos alumnos y egresados, ya conociendo la ciencia y las ideas acumuladas del pensamiento humano, optan por quehaceres distintos a los que se encaminan las profesiones que estudiaron?, ¿las complementaron acaso con algo mejor para su vida presente, o solo pasaron la formación sin comprender sus objetivos, siendo solo un escalón más hacia la vida “productiva y útil” de lo que debe ser un buen ciudadano moderno?

Si bien es cierto que no hay obligación alguna para ejercer una carrera después de terminarla, y que puede haber mejores opciones de vida que ejercerla, en varios casos parece pesar una especie de hartazgo o desilusión sobre los egresados que quién sabe qué tanto pueda deberse a la educación. No me refiero con este desgano a una manera poco lúdica de hacer la didáctica o algo semejante, sino que muchas veces se tienen

resultados cuando mucho suficientes para ser el representante de una profesión, sin llegar a la pasión o interés como la de aquellos insolentes presocráticos, ni a la de tantos hombres y mujeres que con sus logros han aportado al saber y bienestar humano.

Ahora la insolencia en las aulas no parece ser intelectual ni para un bien social, se asemeja más al desgano, a la indiferencia, a lo que no es de mi interés aunque tenga que ver con mi carrera o mi rama ¿Solo se aprende por senderos ya transitados que refirmen lo que ya se sabe, pero sin desafiar ni aportar a la formación de un conocimiento auténtico?, ¿solo se apuesta a una suficiente formación personal sin llegar a ser capaz, responsable y gustoso de haber experimentado el ideal de la formación universitaria? El alumno antes mencionado ha dicho como en broma algo así: “si esto no resulta (su desempeño en la carrera), me iré a vender pollos como el indio Jesús”. Siendo un buen alumno hasta ahora todo ha salido bien, pero, ¿esta es la alternativa actual de cuántos estudiantes?

Reyes menciona en su ensayo “Mi idea de la historia” (Reyes, 1979), que todo profesional debería tener tres elementos: datos comprobados, interpretación comprensiva y buena forma artística, ¿y del método de comprobación de la ciencia? “Se reduce a no decir mentiras a sabiendas, eso es todo”. Este tipo de textos podría encaminar de nuevo a la posibilidad de volver a un saber integrado, a poder justificar por qué la ciencia no actúa en el vacío, no siendo solamente un producto, sino una necesidad humana que tiene sentido solo en la relación con el resto de los conocimientos y anhelos espirituales, personales y sociales del ser humano.

Tenemos grandes humanistas mexicanos y extranjeros que nos han dejado su conocimiento como un punto de referencia para cuestionar o precisar nuestro saber de la realidad. Un ejercicio de estas características cuestiona mi hacer como docente, pues creo que no se trata solamente de esperar que el saber se complemente con otras materias, sino que se debe integrar y exigir el saber de otros conocimientos en cada materia. Esto hace que me pregunte ¿qué les falta a mis clases?, ¿qué estamos haciendo para fomentar el interés más allá del cumplimiento de tareas, de buenas

calificaciones que solo significan algo dentro de la universidad y que nadie reclama o le importan fuera del mundo académico?

Concluyo entonces que, tanto en la metodología como en la docencia, sigue siendo necesario afianzar la parte humana, humanista y científica del estudiante, no enfocándonos únicamente en la parte metodológica. El método se entiende, aplica, discute, y corrige mejor si se tienen todos los elementos del conocimiento mencionados por Reyes; si se tiene todo el contexto humano, cultural e histórico. Recuperar o mantener (en el caso de los profesores que bien lo sigan haciendo) el conocimiento y la educación en su sentido amplio, nos devolverá estudiantes que tengan la insolencia de querer saber, algo más que saber vender un pollo.

### Referencias:

- Reyes, A. (1979). *Antología de Alfonso Reyes*. Promexa Editores.
- Reyes, A. (1960). *La afición de Grecia*. Editorial del Colegio Nacional.